

INTRODUCCIÓN

El desarrollo y la antropología de la modernidad

En su discurso de posesión como presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1949, Harry Truman anunció al mundo entero su concepto de “trato justo”. Un componente esencial del concepto era su llamado a Estados Unidos y al mundo para resolver los problemas de las “áreas subdesarrolladas” del globo:

Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes... Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor... Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático... Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para

producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno (Truman, 1964).

La doctrina Truman inició una nueva era en la comprensión y el manejo de los asuntos mundiales, en particular de aquellos que se referían a los países económicamente menos avanzados. El propósito era bastante ambicioso: crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos. En concepto de Truman, el capital, la ciencia y la tecnología eran los principales componentes que harían posible tal revolución masiva. Solo así el sueño americano de paz y abundancia podría extenderse a todos los pueblos del planeta.

Este sueño no era creación exclusiva de Estados Unidos, sino resultado de la coyuntura histórica específica de finales de la Segunda Guerra Mundial. En pocos años, recibió el respaldo universal de los poderosos. Sin embargo, no se consideraba un proceso fácil; como era de esperarse, los obstáculos contribuyeron a consolidar la misión. Uno de los documentos más influyentes de la época, preparado por un grupo de expertos congregados por Naciones Unidas con el objeto de diseñar políticas y medidas concretas “para el desarrollo económico de los países subdesarrollados”, lo expresaba así:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico (United Nations, 1951: I).¹

1 Para un interesante análisis contemporáneo de este documento, véase Frankel, 1953, en especial las págs. 82-110.

Lo que proponía el informe era nada menos que la reestructuración total de las sociedades “subdesarrolladas”. La declaración podría parecernos hoy sorprendentemente etnocéntrica y arrogante, ingenua en el mejor de los casos; sin embargo, lo que requiere explicación es precisamente el hecho de que se emitiera y tuviera sentido. Demostraba la voluntad creciente de transformar de manera drástica dos terceras partes del mundo en pos de los objetivos de prosperidad material y progreso económico. A comienzos de los años cincuenta, esta voluntad era ya hegemónica en los círculos de poder.

Este libro narra la historia de aquel sueño, y de cómo poco a poco se convirtió en pesadilla. Porque en vez del reino de abundancia prometido por teóricos y políticos de los años cincuenta, el discurso y la estrategia del desarrollo produjeron lo contrario: miseria y subdesarrollo masivos, explotación y opresión sin nombre. La crisis de la deuda, la hambruna (saheliana), la creciente pobreza, desnutrición y violencia son apenas los síntomas más patéticos del fracaso de cincuenta años de desarrollo. De esta manera, el libro puede leerse como la historia de la pérdida de una ilusión que muchos abrigaban sinceramente. Pero se trata, sobre todo, de la forma en que se creó el “Tercer Mundo” a través de los discursos y las prácticas del desarrollo desde sus inicios a comienzos de la segunda posguerra.

Orientalismo, africanismo, desarrollismo

Hasta finales de los años setenta, el eje de las discusiones acerca de Asia, África y Latinoamérica era la naturaleza del desarrollo. Como veremos, desde las teorías del desarrollo económico de los años cincuenta hasta el “enfoque de necesidades humanas básicas” de los años setenta, que ponía énfasis no solo en el crecimiento económico *per se* como en décadas anteriores, sino también en la distribución de sus beneficios, la mayor preocupación de teóricos y políticos era la de los tipos de desarrollo a buscar para resolver los problemas sociales y económicos en esas regiones. Aun quienes se

oponían a las estrategias capitalistas del momento se veían obligados a expresar sus críticas en términos de la necesidad del desarrollo, a través de conceptos como “otro desarrollo”, “desarrollo participativo”, “desarrollo socialista”, y otros por el estilo. En resumen, odía criticarse un determinado enfoque, y proponer modificaciones o mejoras en concordancia con él, pero el hecho mismo del desarrollo y su necesidad, no podían ponerse en duda. El desarrollo se había convertido en una certeza en el imaginario social.

De hecho, parecía imposible calificar la realidad social en otros términos. Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: gobiernos que diseñaban y ejecutaban ambiciosos planes de desarrollo, instituciones que llevaban a cabo por igual programas de desarrollo en ciudades y campos, expertos de todo tipo estudiando el “subdesarrollo” y produciendo teorías *ad nauseam*. El hecho de que las condiciones de la mayoría de la población no mejoraran sino que más bien se deterioraran con el transcurso del tiempo no parecía molestar a muchos expertos. La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con este estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursivo por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construirse una realidad diferente.²

Más recientemente, sin embargo, el desarrollo de nuevos instrumentos analíticos, en gestación desde finales de los años sesenta pero cuyo empleo solo se generalizó durante los ochenta, ha permitido el análisis de este tipo de “colonización de la realidad” en forma

2 En los años sesenta y setenta existieron, claro está, tendencias que presentaban una posición crítica frente al desarrollo, aunque, como veremos pronto, fueron insuficientes para articular un rechazo del discurso sobre el que se fundaban. Entre ellas es importante mencionar la “pedagogía del oprimido” de Paulo Freire (Freire, 1970); el nacimiento de la teología de la liberación durante la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín en 1968; y las críticas al “colonialismo intelectual” (Fals Borda, 1970) y la dependencia económica (Cardoso y Faletto, 1979) de finales de los sesenta y comienzos de los setenta. La crítica cultural más aguda del desarrollo corresponde a Illich (1968, 1970). Todas ellas fueron importantes para el enfoque discursivo de los años noventa que se analiza en este libro.

tal que pone de manifiesto este mismo hecho: cómo ciertas representaciones se vuelven dominantes y dan forma indeleble a los modos de imaginar la realidad e interactuar con ella. El trabajo de Michel Foucault sobre la dinámica del discurso y del poder en la representación de la realidad social, en particular, ha contribuido a mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros. La profundización de los análisis de Foucault sobre las situaciones coloniales y poscoloniales realizada por autores como Edward Said, V.Y. Mudimbe, Chandra Mohanty y Homi Bhabha, entre otros, ha abierto nuevas formas de pensamiento acerca de las representaciones del Tercer Mundo. La autocrítica de la antropología y su renovación durante los años ochenta también han sido importantes al respecto.

Pensar el desarrollo en términos del discurso permite concentrarse en la dominación –como lo hacían, por ejemplo, los primeros análisis marxistas– y, a la vez, explorar más productivamente las condiciones de posibilidad y los efectos más penetrantes del desarrollo. El análisis del discurso crea la posibilidad de “mantenerse desligado de él [discurso del desarrollo], suspendiendo su cercanía, para analizar el contexto teórico y práctico con que ha estado asociado” (Foucault, 1986: 3). Permite individualizar el “desarrollo” como espacio cultural envolvente y a la vez abre la posibilidad de separarnos de él, para percibirlo de otro modo. Esto es lo que trata de llevar a cabo este libro.

Ver el desarrollo como discurso producido históricamente implica examinar las razones que tuvieron tantos países para comenzar a considerarse subdesarrollados a comienzos de la segunda posguerra, cómo “desarrollarse” se convirtió para ellos en problema fundamental y cómo, por último, se embarcaron en la tarea de “des-subdesarrollarse” sometiendo sus sociedades a intervenciones cada vez más sistemáticas, detalladas y extensas. A medida que los expertos y políticos occidentales comenzaron a ver como problema ciertas condiciones de Asia, África y Latinoamérica –en su mayor parte lo que se percibía como pobreza y atraso– apareció

un nuevo campo del pensamiento y de la experiencia llamado desarrollo, todo lo cual desembocó en una estrategia para afrontar aquellos problemas. Creada inicialmente en Estados Unidos y Europa occidental, la estrategia del desarrollo se convirtió al cabo de pocos años en una fuerza poderosa en el propio Tercer Mundo.

El estudio del desarrollo como discurso se asemeja al análisis de Said de los discursos sobre el Oriente. “El orientalismo”, escribe Said,

puede discutirse y analizarse como la institución corporativa para tratar a Oriente, tratarlo mediante afirmaciones referentes a él, autorizando opiniones al respecto, describiéndolo, enseñándolo, definiéndolo, diciendo sobre él: en resumen, el orientalismo como estilo occidental de dominación, reestructuración, y autoridad sobre Oriente... Mi afirmación es que sin examinar el Orientalismo como discurso posiblemente no logremos entender la disciplina inmensamente sistemática de la cual se valió la cultura europea para manejar –e incluso crear– política, sociológica, ideológica, científica e imaginativamente a Oriente durante el período posterior a la Ilustración (1979: 3).

Desde su publicación, *Orientalismo* ha generado estudios e informes originales sobre las representaciones del Tercer Mundo en varios contextos, aunque pocos de ellos han hecho referencia explícita a la cuestión del desarrollo. No obstante, los interrogantes generales que algunos plantean sirven de pauta para el análisis del desarrollo como régimen de representación. En su excelente libro *The Invention of Africa* el filósofo africano V. Y. Mudimbe, por ejemplo, se propone el objetivo de “Estudiar el tema de los fundamentos del discurso sobre el África... [cómo] se han establecido los mundos africanos como realidades para el conocimiento” (pág. XI) en el discurso occidental. Su interés trasciende “la ‘invención’ del africanismo como disciplina científica” (pág. 9), particularmente en la antropología y la filosofía, a fin de investigar la “amplificación” por parte de los académicos africanos del trabajo

de algunos pensadores críticos europeos, en particular Foucault y Lévi-Strauss. Aunque Mudimbe encuentra que aún las perspectivas más afrocéntricas mantienen el método epistemológico occidental como contexto y referente, encuentra también, no obstante, algunos trabajos en los cuales los análisis críticos europeos se llevan más allá de lo que estos trabajos originales podrían haber esperado. Lo que está en juego en estos últimos trabajos, explica Mudimbe, es la reinterpretación crítica de la historia africana como se ha visto desde su exterioridad (epistemológica, histórica, geográfica), es decir, un debilitamiento de la noción misma de África. Esto, para Mudimbe, implica un corte radical en la antropología, la historia y la ideología africanas.

Un trabajo crítico de este tipo, cree Mudimbe, puede abrir el camino para “el proceso de volver a fundar y asumir dentro de las representaciones una historicidad interrumpida” (pág. 183); en otras palabras, el proceso mediante el cual los africanos pueden lograr mayor autonomía sobre la forma en que son representados y la forma en que pueden construir sus propios modelos sociales y culturales de modos no tan mediatizados por una episteme y una historicidad occidentales –así sea dentro de un contexto cada vez más transnacional–. Esta noción puede extenderse al Tercer Mundo como un todo, pues lo que está en juego es el proceso mediante el cual, en la historia occidental moderna, las áreas no europeas han sido organizadas y transformadas sistemáticamente de acuerdo con los esquemas europeos. Las representaciones de Asia, África y América Latina como “Tercer Mundo” y “subdesarrolladas” son las erederas de una ilustre genealogía de concepciones occidentales sobre esas partes del mundo.³

3 “De acuerdo con Iván Illich, el concepto que se conoce actualmente como ‘desarrollo’ ha atravesado seis etapas de metamorfosis desde las postrimerías de la Antigüedad. La percepción del extranjero como alguien que necesita ayuda ha tomado sucesivamente las formas del bárbaro, el pagano, el infiel, el salvaje, el ‘nativo’ y el subdesarrollado” (Trinh, 1989:54). Para una idea y un conjunto de términos similares al anterior véase Hirschman (1981:24). Debería señalarse, sin embargo, que el término “subdesarrollado”, ligado desde cierta óptica a la igualdad y a los prospectos de liberación a través del desarrollo, puede

Timothy Mitchell muestra otro importante mecanismo del engranaje de las representaciones europeas sobre otras sociedades. Como para Mudimbe, el objetivo de Mitchell es “explorar los métodos peculiares de orden y verdad que caracterizan al Occidente moderno” (1988: pág. IX), y su impacto en el Egipto del siglo XIX. La construcción del mundo como imagen, en el modelo de las exposiciones mundiales del siglo pasado, sugiere Mitchell, constituye el núcleo de estos métodos y de su eficacia política. Para el sujeto (europeo) moderno, ello implicaba experimentar la vida manteniéndose apartado del mundo físico, como el visitante de una exposición. El observador “encuadraba” inevitablemente la realidad externa a fin de comprenderla; este encuadre tenía lugar de acuerdo con categorías europeas. Lo que surgía era un régimen de objetivismo en el cual los europeos estaban sujetos a una doble exigencia: ser imparciales y objetivos, de una parte, y sumergirse en la vida local, de la otra.

Una experiencia tal como observador participante era posible a través de un truco curioso: eliminar del cuadro la presencia del observador europeo (véase también Clifford, 1988: 145); en términos más concretos, observar el mundo (colonial) como objeto “desde una posición invisible y aparte” (Mitchell, 1988: 28). Occidente había llegado a vivir “como si el mundo estuviera dividido en dos: un campo de meras representaciones y un campo de lo ‘real’; exhibiciones, por un lado, y una realidad externa, por el otro; en un orden de simples modelos, descripciones o copias, y un orden de originales” (pág. 32). Tal régimen de orden y verdad constituye la quintaesencia de la modernidad, y ha sido profundizado por la economía y el desarrollo. Se refleja en una posición objetivista y empirista que dictamina que el Tercer Mundo y su gente existen “allá afuera”, para ser conocidos mediante teorías e intervenidos desde el exterior.

Las consecuencias de esta característica de la modernidad han sido enormes. Chandra Mohanty, por ejemplo, se refiere a ella

tomarse en parte como respuesta a las concepciones abiertamente más racistas del “primitivo” y el “salvaje”. En muchos contextos, sin embargo, el nuevo término no pudo corregir las connotaciones negativas implícitas en los calificativos anteriores. El “mito del nativo perezoso” (Alatas, 1977) sobrevive aún en muchos lugares.

cuando plantea la pregunta de quién produce el conocimiento acerca de la mujer del Tercer Mundo, y desde dónde; descubre que en gran parte de la bibliografía feminista las mujeres del Tercer Mundo son representadas como llenas de “necesidades” y “problemas”, pero carentes de opciones y de libertad de acción. Lo que surge de tales modos de análisis es la imagen de una “mujer promedio” del Tercer Mundo, construida mediante el uso de estadísticas y de ciertas categorías:

Esta mujer promedio del Tercer Mundo lleva una vida esencialmente frustrada basada en su género femenino (léase: sexualmente restringida) y en su carácter tercermundista (léase: ignorante, pobre, sin educación, tradicionalista, doméstica, apegada a la familia, victimizada, etcétera.) Esto, sugiero, contrasta con la representación (implícita) de la mujer occidental como educada, moderna, que controla su cuerpo y su sexualidad, y libre para tomar sus propias decisiones (1991b: 56)

Tales representaciones asumen implícitamente patrones occidentales como parámetro para medir la situación de la mujer en el Tercer Mundo. El resultado, opina Mohanty, es una actitud paternalista de parte de la mujer occidental hacia sus congéneres del Tercer Mundo, y en general, la perpetuación de la idea hegemónica de la superioridad occidental. Dentro de este régimen conceptual, los trabajos sobre la mujer del Tercer Mundo adquieren una cierta “coherencia de efectos” que refuerza tal hegemonía. “Es en este proceso de homogeneización y sistematización conceptual de la opresión de la mujer en el Tercer Mundo”, concluye Mohanty (pág. 54), “donde el poder se ejerce en gran parte del discurso feminista occidental reciente y dicho poder debe ser definido y nombrado”.⁴

4 El trabajo de Mohanty puede ubicarse dentro de una crítica creciente de parte de las feministas, especialmente del Tercer Mundo, del etnocentrismo implícito en el movimiento feminista y en su círculo académico. Véanse también Mani, 1989; Trinh, 1989; Spelman, 1988; Hooks, 1990. La crítica del discurso de mujer y desarrollo se discutirá ampliamente en el capítulo 5.

Sobra decir que la crítica de Mohanty se aplica con mayor frecuencia a la corriente principal de la bibliografía sobre el desarrollo, para la cual existe una verdadera subjetividad subdesarrollada dotada con rasgos como la impotencia, la pasividad, la pobreza y la ignorancia, por lo común de gente oscura y carente de protagonismo como si se estuviera a la espera de una mano occidental (blanca), y no pocas veces hambrienta, analfabeta, necesitada, oprimida por su propia obstinación, carente de iniciativa y de tradiciones. Esta imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma ahistórica. Solo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un sistema mundial donde Occidente tiene cierto dominio sobre el Tercer Mundo tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explorados.

La producción de discurso bajo condiciones de desigualdad en el poder es lo que Mohanty y otros denominan “la jugada colonialista”. Jugada que implica construcciones específicas del sujeto colonial/tercermundista en/a través del discurso de maneras que permitan el ejercicio del poder sobre él. El discurso colonial, si bien constituye “la forma de discurso más subdesarrollada teóricamente”, según Homi Bhabha, resulta “crucial para ejercer una gama de diferencias y discriminaciones que dan forma a las prácticas discursivas y políticas de jerarquización racial y cultural”. (1990: 72). La definición de Bhabha del discurso colonial, aunque compleja, es ilustrativa:

[El discurso colonial] es un aparato que pone en marcha el reconocimiento y la negación de las diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégica predominante es la creación de un espacio para una “población sujeto”, a través de la producción de conocimientos en términos de los cuales se ejerce la vigilancia y se incita a una forma compleja de placer/displacer... El objetivo del discurso colonial es interpretar al colonizado como una población compuesta por clases degeneradas sobre la base del origen racial,

a fin de justificar la conquista y de establecer sistemas de administración e instrucción... Me refiero a una forma de gobernabilidad que, en el acto de demarcar una "nación sujeto", se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina (1990: 75).

Aunque en sentido estricto algunos de los términos de la definición anterior serían más aplicables al contexto colonial, el discurso del desarrollo se rige por los mismos principios; ha producido un aparato muy eficiente para producir conocimiento acerca de ejercer el poder sobre el Tercer Mundo. Dicho aparato surgió en el período comprendido entre 1945 y 1955, y desde entonces no ha cesado de producir nuevas modalidades de conocimiento y poder, nuevas prácticas, teorías, estrategias, y así sucesivamente. En resumen, ha desplegado con buen éxito un régimen de gobierno sobre el Tercer Mundo, un "espacio para los 'pueblos sujeto'" que asegura cierto control sobre él.

Este espacio es también un espacio geopolítico, una serie de "geografías imaginarias", para usar el término de Said (1979). El discurso del desarrollo inevitablemente contiene una imaginación geopolítica que ha dominado el significado del desarrollo durante más de cuatro décadas. Para algunos autores, esta voluntad de poder espacial es uno de los rasgos esenciales del desarrollo (Slatter, 1993) y está implícita en expresiones tales como Primer y Tercer Mundo, norte y sur, centro y periferia. La producción social del espacio implícita en estos términos está ligada a la producción de diferencias, subjetividades y órdenes sociales. A pesar de los cambios recientes en esta geopolítica –el descentramiento del mundo, la desaparición del segundo mundo, la aparición de una red de ciudades mundiales, y la globalización de la producción cultural– ella continúa ejerciendo influencia en el imaginario. Existe una relación entre historia, geografía y modernidad que se resiste a desintegrarse en cuanto al Tercer Mundo se refiere, a pesar de los importantes cambios que han dado lugar a geografías posmodernas (Soja, 1989).

Para resumir, me propongo hablar del desarrollo como una experiencia históricamente singular, como la creación de un

dominio del pensamiento y de la acción, analizando las características e interrelaciones de los tres ejes que lo definen: las formas de conocimiento que a él se refieren, a través de las cuales llega a existir y es elaborado en objetos, conceptos y teorías; el sistema de poder que regula su práctica y las formas de subjetividad fomentadas por este discurso, aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como “desarrolladas” o “subdesarrolladas”. El conjunto de formas que se hallan a lo largo de estos ejes constituye el desarrollo como formación discursiva, dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder.⁵

El análisis se establecerá, entonces, en términos de los regímenes del discurso y la representación. Los “regímenes de representación” pueden analizarse como lugares de encuentro en los cuales las identidades se construyen pero donde también se origina, simboliza y maneja la violencia. Esta útil hipótesis, desarrollada por una estudiosa colombiana para explicar la violencia en su país durante el siglo XIX, y basada especialmente en los trabajos de Bajtín, Foucault y René Girard, concibe los regímenes de representación como lugares de encuentro de los lenguajes del pasado y del futuro (tales como los lenguajes de “civilización” y “barbarie” de la América Latina posindependentista), lenguajes externos e internos, y lenguajes de sí y de los otros (Rojas, 1994). Un encuentro similar de regímenes de representación tuvo lugar a finales de los años cuarenta, con el surgimiento del desarrollo, también acompañado de formas específicas de violencia modernizada.⁶

La noción de los regímenes de representación es otro principio teórico y metodológico para examinar los mecanismos y

5 El estudio del discurso a lo largo de estos ejes es propuesto por Foucault (1986: 4). Las formas de subjetividad producidas por el desarrollo no se exploran en forma significativa en este libro. Un ilustre grupo de pensadores, incluyendo a Franz Fanon (1967, 1968), Albert Memmi (1967), Ashis Nandy (1983) y Homi Bhabha (1983, 1990) ha producido recuentos cada vez más completos sobre la creación de la subjetividad y la conciencia bajo el colonialismo y el poscolonialismo.

6 Acerca de la violencia de la representación véase también De Lauretis (1987).

consecuencias de la construcción del Tercer Mundo a través de la representación. La descripción de los regímenes de representación sobre el Tercer Mundo propiciados por el discurso del desarrollo representa un intento de trazar las cartografías o mapas de las configuraciones del conocimiento y el poder que definen el período posterior a la segunda posguerra (Deleuze, 1988). Se trata también de cartografías de resistencia como añade Mohanty (1991a). Al tiempo que buscan entender los mapas conceptuales usados para ubicar y describir la experiencia de las gentes del Tercer Mundo, revelan también—aunque a veces en forma indirecta—las categorías con las cuales ellas se ven obligadas a resistir. Este libro se propone brindar un mapa general que permita orientarse en el ámbito de los discursos y de las prácticas que justifican las formas dominantes de producción económica y sociocultural del Tercer Mundo.

Las metas de este libro son precisamente examinar el establecimiento y la consolidación del discurso del desarrollo y su aparato desde los albores de la segunda posguerra hasta el presente (capítulo 2); analizar la construcción de una noción de “subdesarrollo” en las teorías del desarrollo económico de la segunda posguerra (capítulo 3); y demostrar cómo funciona el aparato a través de la producción sistemática del conocimiento y el poder en campos específicos, tales como el desarrollo rural, el desarrollo sostenible, y la mujer y el desarrollo (capítulos 4 y 5). Por último, la conclusión aborda la pregunta de cómo imaginar un régimen de representación “posdesarrollo”, y de cómo investigar y llevar a cabo prácticas “alternativas” en el contexto de los actuales movimientos sociales del Tercer Mundo.

Lo anterior, podría decirse, constituye un estudio del “desarrollismo” como ámbito discursivo. A diferencia del estudio de Said acerca del orientalismo, la presente obra presta más atención al despliegue del discurso a través de sus prácticas. Me interesa mostrar que tal discurso deviene en prácticas concretas de pensamiento y de acción mediante las cuales se llega a crear realmente el Tercer Mundo. Para un examen más detallado he escogido como ejemplo la ejecución de programas de desarrollo rural, salud y nutrición en Latinoamérica durante la década de los setenta y comienzos de los

ochenta. Otra diferencia con *Orientalismo* se origina en la advertencia de Homi Bhabha de que “siempre existe, en Said, la sugerencia de que el poder colonial es de posesión total del colonizador, dadas su intencionalidad y unidireccionalidad” (1990: 77). Intento evadir este riesgo considerando también las formas de resistencia de las gentes del Tercer Mundo contra las intervenciones del desarrollo, y cómo luchan para crear alternativas de ser y de hacer.

Como en el estudio de Mudimbe sobre el africanismo, me propongo poner de presente los fundamentos de un orden de conocimiento y un discurso acerca del Tercer Mundo como subdesarrollado. Quiero cartografiar, por así decirlo, la invención del desarrollo. Sin embargo, en vez de enfocarme en la antropología y la filosofía, contextualizo la era del desarrollo dentro del espacio global de la modernidad, y más particularmente desde las prácticas económicas modernas. Desde esta perspectiva, el desarrollo puede verse como un capítulo de lo que puede llamarse “antropología de la modernidad”, es decir, una investigación general acerca de la modernidad occidental como fenómeno cultural e histórico específico. Si realmente existe una “estructura antropológica” (Foucault, 1975: 198) que sostiene al orden moderno y sus ciencias humanas, debe investigarse hasta qué punto dicha estructura también ha dado origen al régimen del desarrollo, tal vez como mutación específica de la modernidad. Ya se ha sugerido una directriz general para la antropología de la modernidad, en el sentido de tratar como “exóticos” los productos culturales de Occidente para poderlos ver como lo que son:

Necesitamos antropologizar a Occidente: mostrar lo exótico de su construcción de la realidad; poner énfasis en aquellos ámbitos tomados más comúnmente como universales (esto incluye a la epistemología y la economía); hacerlos ver tan peculiares históricamente como sea posible; mostrar cómo sus pretensiones de verdad están ligadas a prácticas sociales y por tanto se han convertido en fuerzas efectivas dentro del mundo social (Rabinow, 1986: 241).

La antropología de la modernidad se apoyaría en aproximaciones etnográficas, que ven las formas sociales como el resultado de prácticas históricas, que combinan conocimiento y poder. Buscaría estudiar cómo los reclamos de verdades están relacionados con prácticas y símbolos que producen y regulan la vida en sociedad. Como veremos, la construcción del Tercer Mundo por medio de la articulación entre conocimiento y poder es esencial para el discurso del desarrollo.

Vistas desde muchos espacios del Tercer Mundo, hasta las prácticas sociales y culturales más razonables de Occidente pueden parecer bastante peculiares, incluso extrañas. Ello no obsta para que todavía hoy en día, la mayoría de la gente de Occidente (y de muchos lugares del Tercer Mundo) tenga grandes dificultades para pensar en la gente y las situaciones del Tercer Mundo en términos diferentes a los que proporciona el discurso del desarrollo. Términos como la sobrepoblación, la amenaza permanente de hambruna, la pobreza, el analfabetismo y similares operan como significantes más comunes, ya de por sí estereotipados y cargados con significados del desarrollo. Las imágenes del Tercer Mundo que aparecen en los medios masivos constituyen el ejemplo más claro de las representaciones desarrollistas. Estas imágenes se niegan a desaparecer. Por ello es necesario examinar el desarrollo en relación con las experiencias modernas de conocer, ver, cuantificar, economizar y otras por el estilo.

La deconstrucción del desarrollo

El análisis discursivo del desarrollo comenzó a finales de los años ochenta y es muy probable que continúe en los noventa, acompañado de intentos por articular regímenes alternativos de representación y práctica. Sin embargo, pocos trabajos, han encarado la deconstrucción del discurso del desarrollo.⁷

El reciente libro de James Ferguson sobre el desarrollo en

⁷ Escobar (1984, 1988); Mueller (1987b); Dubois (1990); Parajuli (1991) presentan artículos extensos sobre el análisis del discurso del desarrollo.

Lesotho (1990) es un ejemplo sofisticado del enfoque deconstruccionista. En él, Ferguson ofrece un análisis profundo de los programas de desarrollo rural implementados en ese país bajo el patrocinio del Banco Mundial. El fortalecimiento del Estado, la reestructuración de las relaciones sociales rurales, la profundización de las influencias modernizadoras occidentales y la despolitización de los problemas son algunos de los efectos más importantes de la organización del desarrollo rural en Lesotho, a pesar del aparente fracaso de los programas en términos de sus objetivos establecidos. Es en dichos efectos, concluye Ferguson, que debe evaluarse la productividad del aparato del desarrollo.

Otro enfoque deconstructivista (Sachs, ed., 1992) analiza los conceptos centrales (o "palabras clave") del discurso del desarrollo, tales como mercado, planeación, población, medio ambiente, producción, igualdad, participación, necesidades y pobreza. Luego de seguirle la pista brevemente al origen de cada uno de estos conceptos en la civilización europea, cada capítulo examina los usos y la transformación del concepto en el discurso del desarrollo desde la década del cincuenta hasta el presente. La intención del libro es poner de manifiesto el carácter arbitrario de los conceptos, su especificidad cultural e histórica, y los peligros que su uso representa en el contexto del Tercer Mundo.⁸

Un proyecto colectivo análogo se ha concebido con un enfoque de "sistemas de conocimiento". Este grupo opina que las culturas no se caracterizan solo por sus normas y valores, sino también por sus maneras de conocer. El desarrollo se ha basado exclusivamente en un sistema de conocimiento, es decir, el correspondiente al Occidente moderno. La predominancia de este sistema de conocimiento ha dictaminado el marginamiento y descalificación de los sistemas de conocimiento no occidentales. En estos últimos, concluyen los autores, los investigadores y activistas podrían

8 El grupo responsable de este "diccionario de palabras tóxicas" en el discurso del desarrollo incluye a Iván Illich, Wolfgang Sachs, Bárbara Duden, Ashis Nandy, Vandana Shiva, Majid Rahnema, Gustavo Esteva y a este autor, entre otros.

encontrar racionalidades alternativas para orientar la acción social con criterio diferente a formas de pensamiento economicistas y reduccionistas.⁹

En los años setenta, se descubrió que las mujeres habían sido ignoradas por las intervenciones del desarrollo. Tal “descubrimiento” trajo como resultado desde finales de los años setenta, la aparición de un novedoso enfoque, “mujer en el desarrollo” (MYD), el cual ha sido estudiado como régimen de representación por varias investigadoras feministas, entre las cuales se destacan Adele Mueller (1986, 1987a, 1991) y Chandra Mohanty. En el centro de estos trabajos se halla un análisis profundo de las prácticas de las instituciones dominantes del desarrollo en la creación y administración de sus poblaciones-cliente. Para comprender el funcionamiento del desarrollo como discurso se requiere contribuciones analíticas similares en campos específicos del desarrollo y seguramente continuarán apareciendo.¹⁰

Un grupo de antropólogos suecos trabaja sobre cómo los conceptos de “desarrollo” y “modernidad” se usan, interpretan, cuestionan o reproducen en diversos contextos sociales de distintos lugares del mundo. Esta investigación muestra una constelación completa de usos, modos de operación y efectos locales asociados a los conceptos. Trátese de una aldea de Papúa Nueva Guinea o de pequeños poblados de Kenya o Etiopía, las versiones locales del desarrollo y la modernidad se formulan siguiendo procesos complejos que incluyen prácticas culturales tradicionales, historias

9 El grupo, congregado bajo el patrocinio del United Nations World Institute for Development Economics Research (wider), y encabezado por Stephen Marglin y Frédérique Apffel Marglin, se ha reunido durante varios años, e incluye a algunas de las personas mencionadas en la nota anterior. Ya se publicaron dos volúmenes como resultado del proyecto (Marglin y Apffel Marglin, 1990 y 1994).

10 Está en proceso de compilación, una selección de discursos sobre el desarrollo a cargo de Jonathan Crush (Queens University, Canadá). Incluye análisis de “lenguajes del desarrollo” (Crush, ed. 1994). Análisis de discursos de campos del desarrollo es el tema del proyecto “Development and Social Science Knowledge”, patrocinado por Social Science Research Council (SSRC) y coordinado por Frederick Cooper (Universidad de Michigan) y Randall Packard (Tufts University).

del pasado colonialista, y la ubicación contemporánea dentro de la economía global de bienes y símbolos (Dahl y Rabo, eds., 1992). Estas etnografías locales del desarrollo y la modernidad también son estudiados por Pigg (1992) en su trabajo acerca de la introducción de prácticas de salud en Nepal. En el próximo capítulo hablaremos más al respecto.

Por último, es importante mencionar algunos trabajos que se refieren al rol de las disciplinas convencionales dentro del discurso del desarrollo. Irene Gendzier (1985) examina el papel que desempeñó la ciencia política en la conformación de las teorías de la modernización, en particular en los años cincuenta, y su relación con asuntos importantes de ese entonces, como la seguridad nacional y los imperativos económicos. También dentro de la ciencia política, Kathryn Sikkink (1992) estudió recientemente la aparición del desarrollismo en Brasil y Argentina durante las décadas del cincuenta y el sesenta. Su principal interés es el rol de las ideas en la adopción, implementación y consolidación del desarrollismo como modelo de desarrollo económico.¹¹

El chileno Pedro Morandé (1984) analiza cómo la adopción y el predominio de la sociología norteamericana de los años cincuenta y sesenta en Latinoamérica preparó la escena para una concepción puramente funcional del desarrollo, concebido como la transformación de una sociedad "tradicional" en una "moderna", desprovista por completo de consideraciones culturales. Kate Manzo (1991)

11 Sikkink diferencia correctamente su método institucional-interpretativo de los enfoques de "discurso y poder", aunque su caracterización de estos últimos refleja solamente la formulación inicial del enfoque discursivo. Mi propia opinión es que ambos métodos –la historia de las ideas y el estudio de las formaciones discursivas– no son incompatibles. Mientras que el primero presta atención a las dinámicas internas de la generación social de las ideas en formas que el segundo método no toma en cuenta (dando con ello la impresión, por así decirlo, de que los modelos de desarrollo son solamente "impuestos" al Tercer Mundo y no, como realmente sucede, producidos también desde su interior), la historia de las ideas tiende a ignorar los efectos sistemáticos de la producción del discurso, el cual estructura de modo importante lo que considera como "ideas". Sobre la diferenciación entre la historia de las ideas y la historia de los discursos, véase a Foucault, 1972: 135-198; 1991b.

presenta un caso similar en su análisis de las deficiencias de los enfoques modernistas del desarrollo, como la teoría de la dependencia, y en su llamado a prestar atención a alternativas “contra-modernistas” basadas en las prácticas de actores populares del Tercer Mundo. Nuestro estudio también aboga por el retorno a la cultura, en particular a las locales, en el análisis crítico del desarrollo.

Como lo demuestra esta breve reseña, existe un número pequeño pero relativamente coherente de trabajos que contribuyen a articular una crítica discursiva del desarrollo. Este trabajo presenta el enfoque más general al respecto; intenta presentar una panorámica general de la construcción histórica del “desarrollo” y el “Tercer Mundo” como un todo, y muestra el mecanismo de funcionamiento del discurso para un caso particular. El propósito del análisis es contribuir a liberar el campo discursivo para que la tarea de imaginar alternativas pueda comenzar (o, para que los investigadores las perciban bajo otra óptica). Las etnografías locales ya mencionadas brindan elementos útiles para ello. En la conclusión, ampliamos los análisis de dichos trabajos e intentamos elaborar una visión de “lo alternativo” como problema de investigación y como hecho social.

La antropología y el encuentro del desarrollo

En su conocida compilación acerca de la relación entre antropología y colonialismo, *Anthropology and the Colonial Encounter* (1973), Talal Asad planteó el interrogante de si no seguía existiendo “una extraña reticencia en la mayoría de los antropólogos sociales a tomar en serio la estructura de poder dentro de la cual se ha estructurado su disciplina” (pág. 5), es decir, toda la problemática del colonialismo y el neocolonialismo, su economía política y sus instituciones. ¿No posibilita el desarrollo hoy en día, como en su época lo hiciera el colonialismo, “el tipo de intimidación humana que sirve de base al trabajo de campo antropológico, y que dicha intimidación siga teniendo un cariz unilateral y provisional” (pág. 17), aunque los sujetos contemporáneos se resistan y respondan? Además, si

durante el período colonial “la tendencia general de la comprensión antropológica no constituía un reto esencial ante el mundo desigual representado por el sistema colonial” (pág. 18), ¿no es este también el caso del “sistema de desarrollo”? En síntesis, ¿no podemos hablar con igual propiedad de “la antropología y el encuentro del desarrollo”?

Por lo general resulta cierto que en su conjunto la antropología no ha encarado en forma explícita el hecho de que su práctica se desarrolla en el marco del encuentro entre naciones ricas y pobres, establecido por el discurso del desarrollo de la segunda posguerra. Aunque algunos antropólogos se han opuesto a las intervenciones del desarrollo, en particular en representación de los pueblos indígenas,¹² un número igualmente apreciable ha estado comprometido con organizaciones de desarrollo como el Banco Mundial y la Agencia Internacional para el Desarrollo, de Estados Unidos. Este nexo problemático fue muy notable en la década 1975-1985, y ha sido estudiado en otro trabajo (Escobar, 1991). Como bien lo señala Stacey Leigh Pigg (1992), la mayoría de los antropólogos ha estado dentro del desarrollo, como antropólogos aplicados, o fuera de él, decididamente a favor de lo autóctono y del punto de vista del “nativo”. Con ello, desconocen los modos en que opera el desarrollo como escenario del enfrentamiento cultural y la construcción de la identidad. Sin embargo, algunos pocos antropólogos, han estudiado las formas y los procesos de resistencia ante las intervenciones del desarrollo (Taussig, 1980; Fals Borda 1984; Scott, 1985; Ong, 1987; véase también Comaroff, 1985; véase acerca de la resistencia en el contexto colonial, Comaroff y Comaroff, 1991).

La ausencia de los antropólogos en las discusiones sobre el desarrollo como régimen de representación es lamentable porque,

12 Este también es el caso de la organización Cultural Survival, por ejemplo, y su antropología en nombre de los pueblos indígenas (Maybury-Lewis, 1985). Su trabajo recicla algunas concepciones problemáticas de la antropología, como su pretensión de hablar a nombre de “los nativos” (Escobar, 1991). Véase también en Price (1989) un ejemplo de antropólogos que se opusieron a un proyecto del Banco Mundial en defensa de poblaciones indígenas.

si bien es cierto que muchos aspectos del colonialismo ya han sido superados, no por ello las representaciones del Tercer Mundo a través del desarrollo son menos incisivas y efectivas que sus homólogas coloniales y tal vez lo sean más. También resulta inquietante, como lo señala Said, que “existe una ausencia casi total de referencias a la intervención imperial estadounidense como factor que influye en la discusión teórica” en la bibliografía antropológica reciente (1989: 214; véase también Friedman, 1987; Ulin, 1991). Dicha intervención imperial sucede a muchos niveles –económico, militar, político, cultural– que integran el tejido de las representaciones del desarrollo. También resulta inquietante, como lo continúa afirmando Said, la falta de atención de los académicos occidentales a la abundante y comprometida bibliografía de autores del Tercer Mundo sobre colonialismo, la historia, la tradición y la dominación, y, podríamos añadir aquí, del desarrollo. Cada vez aumentan más las voces del Tercer Mundo que piden el desmonte del discurso del desarrollo.

Como lo sugiere Strathern (1988: 4) los profundos cambios experimentados por la antropología durante los años ochenta abrieron la posibilidad de examinar la manera en que está ligada a “modos occidentales de crear el mundo”, y quizás a otras formas posibles de representar los intereses de los pueblos del Tercer Mundo. Tal examen crítico de las prácticas antropológicas llevó a la conclusión de que “ya nadie puede escribir sobre otros como si se tratara de textos u objetos aislados”. Se insinuó entonces una nueva tarea: buscar “maneras más sutiles y concretas de escribir y leer otras culturas... nuevas concepciones de la cultura como hecho histórico e interactivo” (Clifford, 1986: 25). Dentro de este contexto, la innovación en la escritura antropológica era vista como “un enfoque de la [etnografía] hacia una sensibilidad política e histórica sin precedentes, transformando así la forma en que es representada la diversidad cultural” (Marcus y Fisher, 1986: 16).

Esta re-imaginación de la antropología, emprendida a mediados de los años ochenta se ha convertido en objeto de críticas, opiniones y alcances diversos, por parte de académicos y feministas

del Tercer Mundo, “antiposmodernistas”, economistas políticos y otros. Algunas de estas críticas son más objetivas y constructivas que otras, y no viene al caso analizarlas aquí.¹³ Hasta ahora, “el momento experimental” de los años ochenta ha sido fructífero y se ha puesto en práctica con relativa frecuencia. Sin embargo, el proceso de re-imaginar la antropología está en proceso y deberá profundizarse, tal vez llevando los debates a otros campos y en otras direcciones. La antropología, se arguye actualmente, tiene que “volver a entrar” en el mundo real, luego del auge de la crítica textualista de los años ochenta. Para lograrlo, debe volver a historiografiar su propia práctica y reconocer que esta se halla determinada por muchas fuerzas externas al control del etnógrafo. Más aún, debe estar dispuesta a someter a un escrutinio más radical sus nociones más preciadas, como etnografía, ciencia y cultura (Fox, ed., 1991).

El llamado de Strathern para que tal cuestionamiento se adelante en el contexto de las prácticas de las ciencias sociales occidentales y de su “adhesión a ciertos intereses en la descripción de la vida social” reviste importancia fundamental. En el centro de estos debates dentro de las ciencias sociales se encuentran los límites que existen para el proyecto occidental de deconstrucción y auto-crítica. Cada vez es más evidente, al menos para los que luchan por diversas formas para ser oídos, que el proceso de deconstrucción y desmantelamiento deberá estar acompañado por otro análogo destinado a construir nuevos modos de ver y de actuar. Sobra decir que este aspecto es decisivo para las discusiones sobre el desarrollo, porque lo que está en juego es la supervivencia de los pueblos. Mohanty (1991a) insiste en que ambos proyectos, la deconstrucción y la reconstrucción, deben ser simultáneos. Como discuto en el capítulo final, el proyecto simultáneo podría enfocarse estratégicamente en la acción colectiva de los movimientos sociales; estos no solo luchan por “bienes y servicios” sino por la definición misma de

13 Véase, por ejemplo, Ulin (1991); Sutton (1991); Hooks (1990); Said (1989); Trinh (1989); Mascia-Lees, Sharpe y Cohen (1989); Gordon (1988, 1991); Friedman (1987).

la vida, la economía, la naturaleza y la sociedad. Se trata, en síntesis, de luchas culturales.

Como Bhabha nos lo pide reconocer, la deconstrucción y otros tipos de crítica no conducen automáticamente a una “lectura no problemática de otros sistemas discursivos y culturales”. Tales críticas podrían ser necesarias para combatir el etnocentrismo, “pero no pueden, por sí mismas, sin ser reconstruidas, representar la alteridad” (Bhabha, 1990: 75). Más aún, en dichas críticas existe la tendencia a presentarla en términos de los límites del logocentrismo occidental, negando así la diferencia real ligada a un tipo de otredad cultural que se encuentra “implicada en condiciones históricas y discursivas específicas, requiriendo prácticas de lectura diferentes” (Bhabha, 1990: 73). En América Latina existe una insistencia parecida respecto de que las propuestas del posmodernismo, para ser fructíferas en el continente, deberán evidenciar su compromiso con la justicia y la construcción de órdenes sociales alternativos.¹⁴

Tales correctivos del Tercer Mundo indican la necesidad de interrogantes y estrategias alternativas para la construcción de discursos anticolonialistas (y la “reconstrucción” de las sociedades del Tercer Mundo en/a través de representaciones que puedan devenir en prácticas alternativas). Al cuestionar las limitaciones de la autocrítica occidental, como se hace en gran parte de la teoría contemporánea, permiten ver la “insurrección discursiva” de la gente del Tercer Mundo, propuesta por Mudimbe en relación con la “soberanía del mismo pensamiento europeo del cual deseamos liberarnos” (citado en Diawara, 1990: 79).

La necesaria liberación de la antropología del espacio delimitado por el encuentro del desarrollo (y, más generalmente, la modernidad), a ser lograda mediante el examen profundo de las formas como se ha visto implicada en él, constituye un paso importante

¹⁴ Las discusiones acerca de la modernidad y la posmodernidad en América Latina se están convirtiendo en uno de los puntos principales de la investigación y la acción política. Véase Calderón ed. (1988); Quijano (1988, 1990); García Canclini (1990); Sarlo (1991); Yúdice, Franco y Flores (1992). Para una reseña de los anteriores, véase a Montaldo (1991).

hacia el logro de regímenes de representación más autónomos a tal punto que podría motivar a los antropólogos y a otros científicos para explorar las estrategias de las gentes del Tercer Mundo en su intento por dar significado y transformar su realidad a través de la práctica política colectiva. Este reto podría brindar caminos hacia la radicalización de la acción de re-imaginar la antropología, emprendida con entusiasmo durante los años ochenta.

Panorámica del libro

El siguiente capítulo estudia el surgimiento y consolidación del discurso y la estrategia del desarrollo en los albores del período de la segunda posguerra, como resultado de la problematización de la pobreza que tuvo lugar en esos años. Presenta las condiciones históricas que permitieron dicho proceso, identificando los principales mecanismos de la organización del desarrollo, especialmente la profesionalización de su conocimiento y la institucionalización de sus prácticas. Un aspecto importante de este capítulo es que ilustra la naturaleza y dinámica del discurso, su arqueología y sus modos de operación. Uno de los puntos centrales de este aspecto es la identificación del conjunto básico de elementos y relaciones que brindan cohesión al discurso. Para hablar del desarrollo, deben obedecerse ciertas reglas de expresión que se originan en su sistema básico de categorías y relaciones, el cual define la visión hegemónica del desarrollo, visión que penetra cada vez más y transforma el tejido económico, social y cultural de las ciudades y pueblos del Tercer Mundo, a pesar de que los lenguajes del desarrollo se adapten y reconstruyan incesantemente en el nivel local.

El capítulo tercero trata de presentar una crítica cultural de la economía analizando el componente más influyente en el campo del desarrollo: el discurso de la economía del desarrollo. Para entenderlo, deben analizarse las condiciones de su aparición; cómo surgió, erigido alrededor de la economía occidental existente y de la doctrina económica por ella generada (teorías clásica, neoclásica, keynesiana y del crecimiento económico); cómo los economistas

del desarrollo construyeron la “economía subdesarrollada”, incorporando a sus teorías las características de la sociedad capitalista avanzada y de su cultura; la economía política de la economía capitalista mundial ligada a su construcción; y, por último, las prácticas de planificación que surgieron con la economía del desarrollo, convirtiéndose en poderosas propulsoras de la producción y administración del desarrollo. Desde este espacio privilegiado, la economía impregnó toda la práctica del desarrollo. Como lo muestra la última parte del capítulo, no existen indicios de que los economistas hayan considerado la posibilidad de redefinir sus dogmas y formas de análisis, aunque se encuentran señales esperanzadoras en algunos trabajos recientes de la antropología económica. La noción de “comunidades de modeladores” (Gudeman y Rivera, 1990) se examina como alternativa para la construcción de una política cultural que encare políticamente, y ojalá neutralice en parte, al discurso económico dominante.

Los capítulos cuarto y quinto intentan mostrar en detalle el funcionamiento del desarrollo. El objetivo del primero es mostrar cómo un conjunto de técnicas racionales –de planeación, medición y evaluación, conocimientos profesionales, y prácticas institucionales y similares– organiza la producción de formas de conocimiento y tipos de poder, relacionándolos entre sí, en la construcción y el tratamiento de un problema específico: la desnutrición y el hambre. El capítulo examina el nacimiento, auge y declinación de un conjunto de disciplinas (formas de conocimiento) y estrategias en los campos de la nutrición, la salud y el desarrollo rural. Esbozadas inicialmente a comienzos de los años setenta por un puñado de expertos provenientes de universidades norteamericanas e inglesas, del Banco Mundial y de las Naciones Unidas, las estrategias de planificación alimentaria y nutricional y de desarrollo rural integrado trajeron como resultado la implementación durante las décadas del setenta y del ochenta, de programas masivos en países del Tercer Mundo, financiados principalmente por el Banco Mundial y los gobiernos del Tercer Mundo. Un estudio de caso de dichos planes en Colombia, basado en el trabajo de campo de este autor con un grupo de planificadores a cargo de su

diseño e implementación, se presenta como ejemplo del funcionamiento del aparato del desarrollo. Al prestar atención a la economía política de la alimentación y el hambre y a los esquemas discursivos a ella ligados, este capítulo y el próximo contribuyen al desarrollo de una economía política de corte posestructuralista.

El capítulo quinto amplía el análisis de los capítulos previos centrándose en los regímenes de representación que subyacen a los esquemas sobre las mujeres, los campesinos y el medio ambiente. El capítulo pone en evidencia, en particular, los nexos entre la representación y el poder que entran en juego en las prácticas del Banco Mundial, institución que se presenta como arquetipo del discurso del desarrollo. Se prestó especial atención a las representaciones sobre los campesinos, las mujeres y el medio ambiente que aparecen en la bibliografía reciente sobre el desarrollo, y a las contradicciones y posibilidades inherentes a las tareas del “desarrollo rural integrado”, “la incorporación de las mujeres al desarrollo” y el “desarrollo sostenible”. La economía de visibilidades producida por las representaciones utilizadas por los planificadores y los expertos en el diseño y ejecución de sus programas se analiza en detalle para mostrar la conexión entre la creación de visibilidades en el discurso, particularmente a través de las técnicas visuales modernas, y el ejercicio del poder. Este capítulo también contribuye a teorizar la cuestión del cambio discursivo y la transformación explicando cómo los discursos acerca de los campesinos, las mujeres y el ambiente surgen y funcionan en el marco global del desarrollo.

El capítulo final aborda la cuestión de la transformación del régimen de representación del desarrollo y la elaboración de alternativas. Se analiza y evalúa el llamado de un número creciente de voces del Primer y Tercer Mundo a declarar “el fin del desarrollo”. De igual modo, se utilizará la reciente teorización, en la ciencia social latinoamericana, de la construcción de “culturas híbridas” como mecanismo de afirmación cultural ante la crisis de la modernidad, como base para la visualización de “alternativas”, como problema de investigación y como práctica social. Se afirmará que más que buscar grandes modelos o estrategias alternativas, lo que

se requiere es investigar las representaciones y prácticas alternativas que pudieran existir en escenarios locales concretos, en particular en el marco de la acción colectiva y la movilización política. La propuesta se desarrollará en el contexto específico de la nueva fase del “capital ecológico” y las luchas por la biodiversidad mundial. Tales luchas –entre el capital global y los intereses de la biotecnología, de una parte, y las comunidades locales, de la otra– constituyen el estado más avanzado para la negociación de los significados del desarrollo y el posdesarrollo. El hecho de que las luchas involucren generalmente a minorías culturales de las regiones tropicales del planeta plantea inquietudes sin precedentes acerca del diseño de los órdenes sociales, la tecnología, la naturaleza, y la vida misma.

Que el análisis, finalmente, se lleve a cabo en términos de “fábulas” o “relatos” no indica que estas sean meras “ficciones”. Como lo expresa Donna Haraway en su análisis de las narraciones de la biología (1989a, 1991), la narrativa no es ficción ni se opone a los “hechos”. La narrativa constituye, de hecho, la urdimbre histórica compuesta de hecho y de ficción. Aun los campos científicos más neutrales son en este sentido narraciones. Tratar la ciencia como narración, insiste Haraway, no es demeritarla. Por el contrario, es tratarla con la mayor seriedad, sin sucumbir a su mistificación como la única “verdad” ni someterla al escepticismo irónico común a tantas críticas. Los discursos de la ciencia y de los expertos, tales como el discurso del desarrollo, producen verdades poderosas, maneras de crear el mundo y de intervenir en él, incluyéndonos también a nosotros; son ejemplos de “espacios donde se reinventan constantemente los mundos posibles en la lucha por mundos concretos y reales” (Haraway, 1989a: 5). Las narraciones, igual que las fábulas que aparecen en este libro, están siempre inmersas en la historia y carecen de inocencia; que logremos desmantelar el desarrollo e incluso despedirnos del Tercer Mundo dependerá por igual de la invención social de nuevas narrativas, y de nuevos modos de pensar y de obrar.¹⁵

15 A lo largo del libro, me refiero a un país, Colombia, y a un área problemática, la desnutrición y el hambre. Esto debería ubicar al lector en los aspectos materiales y geopolíticos del desarrollo.

